





**EL OCASO DE LOS VIVOS II**

# **UN MUNDO EN LLAMAS**

**J. M. Aedo**

Platero  
**COOLBOOKS** 

Título: El ocaso de los vivos. Un mundo en llamas.

Primera edición: febrero, 2025

© 2025, del texto e imagen de cubierta Juan Manuel Fernández  
Párraga.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de cubierta: Mari Añón.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 979-13-87720-00-1

*A mi hermano,  
que me ha acompañado desde que empezó esta aventura,  
  
a mis padres,  
cuyo apoyo ha sido fundamental para poder sacarlo adelante,  
  
y a May,  
que me ha ayudado a dar los pasos necesarios para llegar aquí.*



*Después de todo, la muerte es solo  
un síntoma de que hubo vida.*  
—Mario Benedetti



# Índice

<b>PRIMERA PARTE ESPERANZA .....</b>	<b>11</b>
Capítulo 1 Nuevas metas .....	13
Capítulo 2 Eclipse.....	25
Capítulo 3 Los muros.....	35
Capítulo 4 Zonas seguras .....	49
Capítulo 5 En tiempos de paz.....	63
Capítulo 6 Corred .....	81
Capítulo 7 Barrera natural .....	89
<b>SEGUNDA PARTE UN MUNDO ROTO.....</b>	<b>97</b>
Capítulo 8 Columnas .....	99
Capítulo 9 Cárcel de oro.....	109
Capítulo 10 Los que ya no están.....	117
Capítulo 11 El enemigo de mi enemigo... ..	131
Capítulo 12 Las ovejas .....	139
Capítulo 13 El camino de los muertos.....	159
Capítulo 14 El camino de los vivos.....	167
<b>TERCERA PARTE DESTINO .....</b>	<b>177</b>
Capítulo 15 Solo si están muertos.....	179
Capítulo 16 Perfil bajo .....	187
Capítulo 17 Ellos .....	197
Capítulo 18 El peligro de los vivos.....	209

Capítulo 19 Ojo por ojo.....	225
Capítulo 20 Pastores del apocalipsis.....	239
Capítulo 21 Un largo adiós .....	245

**PRIMERA PARTE**

**ESPERANZA**



# Capítulo 1

## Nuevas metas

—¿Cómo fue?

—¿El qué?

—La huida. Aquel día, cuando te separaste de tus hermanos. Me has contado todo lo que ocurrió hasta que escapaste de la pista de tenis.

—Fue... —Leo miró hacia arriba, atraído por el graznido de dos gaviotas que volaban en círculos, disputándose un pez que acababa de pescar una de las dos—. Revelador...

—¿Nunca las habías visto? —preguntó Jesús, siguiendo la mirada de Leo y después el errático vuelo de la vencedora, que no tardó mucho en tragarse a su presa una vez se posó sobre el techo de la estación.

—Sí... muchas veces... Es solo que... No era consciente de que habíamos llegado al mar hasta ahora.

—Puede que sean una buena señal. Un presagio de lo que está por venir.

—¿Como la paloma blanca de la Biblia?

—Algo así.

—Para llamarte Jesús, eres muy mal orador. —Ambos rieron.

—¿Por qué revelador? —preguntó, pasados unos minutos que, en silencio, dedicaron a contemplar el vaivén de la

basura de la calle y cómo planeaba la misma gaviota, contra el viento de levante, como si estuviera anclada en el aire.

—Porque fue cuando realmente comprendí lo que ocurría. Ya sabes... que el mundo se había ido a pique. Que nada iba a volver a ser como era.

—¿De verdad llegaste a creer algo así en algún momento?

—Al principio... Recluírnos en casa me parecía sensato. Incluso me gustaba. No solía tener tiempo para estudiar, leer y estar con mis hermanos desde hacía años, entre la universidad, el trabajo y lo de mi padre...

—Aquello te devolvió a tu familia.

—Sí. Por eso no lo vi tan mal. Quizá el ambiente no era el mejor, éramos muy diferentes entre nosotros. Pero estábamos juntos. Sé que a mis padres les hubiera gustado que así fuera, tanto como a mí.

—Después me dices que me tomo muy en serio mi nombre, pero vienes dando unos discursos últimamente...

—Volviéron a reír, les hacía falta—. ¿Qué fue lo que te abrió los ojos?

—No fue ver cómo los perdía.

—No llegaste a verlo, en realidad. Ya sabes lo que pienso al respecto, puede que estén por alguna parte buscándote.

—No, no lo están. No vi cómo morían, pero no hizo falta. Lo agradezco, de hecho. Me permite tener siempre algo de esperanza, aunque sé que la realidad es otra.

—¿Qué fue entonces?

—¿Cómo es que nunca hemos hablado de esto? Pensaba que llegaríamos a convivir en silencio de los muchos temas que hemos tratado ya...

—Vamos, responde, no te hagas tanto de rogar —interrumpió Jesús.

—Fue la soledad —respondió Leo, con contundencia, en un susurro que los dejó callados unos segundos más antes de que pudiera explicarse, mudo por la realidad que volvía a golpearle—. Verás, siempre he sido alguien muy

solitario. Me eduqué en un colegio donde, por no querer jugar al fútbol o pasarme el día entre videoconsolas, era un apestado. Crecí leyendo, creándome una coraza contra el exterior. Y cuando perdí a mis padres, eso fue a más. Siempre me he cerrado al mundo y, aun con gente alrededor, me he sentido solo.

—Lo comprendo.

—Lo sé —respondió Leo, afirmando lentamente con la cabeza mientras daba un afectuoso apretón en el hombro de su amigo—. Pero esa sensación siempre podía paliarla de algún modo. No sé explicarlo... Creo que, en realidad, me mentía a mí mismo, haciéndome creer que ya estaba fuera, solo para poder seguir adelante.

—Y, entonces, te quedaste solo.

—Y me quedé solo. Lloré más de lo que lo he hecho en toda mi vida cuando salí corriendo del club, dejando atrás a mis hermanos. No solo por ellos, sino porque sabía que me había quedado solo. Y no había manera de remediarlo.

—Por eso intentaste escapar cuando te encontramos.

—Sí... Estaba seguro de ser un lastre para cualquier otro... En realidad, durante un tiempo, nada me diferenciaba de los comedores... Vivía intentando sobrevivir, sin más. Sin objetivos, ambiciones, esperanzas... Ni tan siquiera con ganas de hacerlo.

—¿Aún te sientes así? —preguntó Jesús, hipnotizado con las aves marinas.

—No lo sé... —respondió, al cabo de unos segundos, Leo—. Creo que vuelvo a ver ese resquicio de esperanza con el que engañarme... Pero aún es pronto.

—¿Y qué hiciste? Aquel día, al salir del club. No me has respondido.

—Pensaba que querías una respuesta más metafórica.

—No pienses tanto. Tú responde y ya está —replicó Jesús, con una media sonrisa.

—No recuerdo con exactitud las calles por las que fui,

no todas, al menos... Todo era confuso y no estaba en el mejor momento para razonar mis pasos... Sé que salí de nuevo a una de las avenidas y que, al poco de llegar a ella, corriendo, con unos pocos de comedores detrás, los edificios empezaron a estallar...

»Teníamos entendido que los bombardeos iban a ser en otra zona, no justo donde nos encontrábamos, pero creo que no pudieron prever el avance de las hordas. Mi primera intención fue volver al punto de partida, en la entrada del barrio, bajo aquellos tréboles. Pero ahí fue cuando me di cuenta de que poco podía hacer si quería cruzar esas calles. Estaban repletas de muertos y, las que no, estaban siendo bombardeadas cada pocos minutos. Fue un caos de fuego, sangre y gritos... Recuerdo los gritos... Aún había gente viviendo en los edificios cuando empezaron a caer...

»Cuando me encontré rodeado de llamas y comedores quise volver al club a buscar a mis hermanos. O, al menos, a saber qué había quedado de ellos. No grité entonces porque parecía haberme metido en medio de una obra, algo más siniestra de lo que solían ser. Los escombros cayendo, algunas explosiones... imagino que del gas de las viviendas, y los coches que terminaban incendiándose en los aparcamientos... Me costaba seguir el hilo de mis pensamientos. Entonces vi un grupo de gente corriendo. Gente viva. No lo pensé dos veces y fui tras ellos.

»No llegué a ver cuántos eran, pero estoy seguro de que había una niña, a ella sí la recuerdo bien. Había llegado a una avenida, del Deporte, se llamaba, solía pasear por allí con mi hermana después de visitar la biblioteca, comentando los libros que habíamos encontrado. Llegué a ella siguiendo al grupo, corriendo por encima de mis fuerzas.

»Pararon, de golpe, algo más allá del cruce con otra avenida. Yo los tenía aún a cien metros o más. Creo que uno de ellos había sido infectado y tal vez lo estuvieran cargando en peso, buscando un refugio o algo parecido. A lo lejos pude

ver cómo alguien caía al suelo y todo se llenaba de sangre.

»Al momento, todos gritaron, zafándose del comedor que habían llevado con ellos y alejándose del que, con total seguridad, iba a terminar siendo otro. Ahí llegó la horda. No sé si era la misma que la del club, que ya había terminado de arrasarlo y buscaba otro lugar, o tal vez los que no habían llegado a entrar allí. Estábamos a poco más de dos manzanas de diferencia, así que bien podía ser cualquiera de las dos cosas. Los arrollaron rápidamente, sumando unos cuantos más a la marea de muertos.

»Sabía bien que el siguiente sería yo, así que seguí corriendo hasta encontrar una urbanización con unas vallas lo bastante altas y resistentes como para que se entretuvieran mientras lograba escabullirme por otro lado.

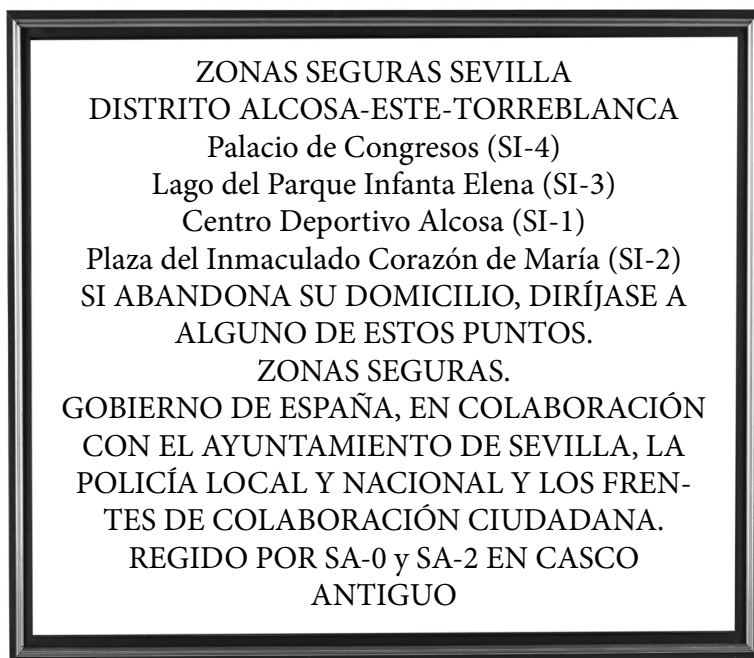
»Hasta ese momento, no sabía que, nada más convertirse, eran más... ágiles, fuertes... como si su único propósito no fuera arrastrar los pies y comer, o, al menos, como si estuvieran más preparados para hacerlo. Lo averigüé al encontrarme el primer portal abierto, cruzarlo, cerrarlo y notar cómo una mano tiraba de mi ropa hacia la puerta desde fuera.

»No me costó zafarme porque ya estaba lejos y apenas fue un pellizco, pero me di la vuelta, sorprendido, pues no había comedores en ninguna dirección que no fuera la de la horda, de la que me separaban ya muchos metros. Era la niña a la que, a duras penas, pues me había quitado las gafas, vi correr con ese grupo al que seguí a lo lejos, con esa camiseta amarilla... Ahí, en realidad, ya no era ella, con la ropa destrozada, los brazos llenos de mordeduras, en carne viva, la boca ensangrentada y los ojos... Desde la primera vez que vi los ojos de un comedor no dejo de hacerlo en sueños. Es una mirada sin vida que, al mismo tiempo, contiene una ira visceral, natural y salvaje...

»Estiraba sus manitas hacia mí, intentando agarrarme... Recordé a Clara, la hija de Manuel. Creo que te he

hablado de ellos. —Jesús asintió lentamente, sin querer interrumpir el relato de su compañero de viaje—. Tendría un año o dos más, tal vez menos...

»Fue quizá un momento de pura suerte, una revelación, o de intervención divina, cuando, después de rodear el edificio, donde no había nadie, y encarar la puerta de salida opuesta a la que había utilizado para entrar, en lo que debía ser un tablón de anuncios para los vecinos, con un corcho enmarcado y protegido con una fina pantalla de cristal, vi un cartel. Era blanco, estaba poco trabajado, como cuando hacíamos los deberes con prisa para presentarlos en clase unos minutos después, pero, aun así, tenía el sello del gobierno. Decía lo siguiente:



—Al principio me reí. Ni siquiera sabía que se habían creado grupos de colaboración ciudadana. Después sentí que algo se desmoronaba dentro de mí... Siempre había

mantenido la esperanza de que, en algún lugar, hubiera zonas protegidas, libres de los muertos, donde se estuviera reorganizando la población, aunque fuera la suerte de unos pocos... Aquello cambió mi perspectiva. Estaba seguro de que, al menos en los distritos a los que correspondía ese panfleto, ya no quedaba ninguna.

»Teníamos un plan, mis hermanos y yo, por eso nos hemos terminado encontrando, Jesús. Sé que te lo he contado. Y fue lo primero en lo que pensé, en seguirlo, sin importar lo solo que estuviera ya. Ni siquiera buscando mi propia supervivencia, sino el marcarme un objetivo. Creo que eso, en estos tiempos, es lo más importante. Ya no hay cabida para las metas que solíamos tener antes. Yo quería ser escritor, tal vez componer algo de música, incursionar en el cine... De poco me iban a servir esas pretensiones en un mundo como el que ha quedado.

»Por eso seguí el plan cuando recuperé algo de aliento. Era, en realidad, el motivo por el que lo habíamos elaborado. Tenía un fin, una meta que cumplir y por la que luchar. Y, una vez en el sitio, habría cientos de cosas más que ponerse como objetivo... Pero estaba débil. Demasiado cansado, solo y, por qué no decirlo, asustado, como para emprender aquel viaje en ese preciso instante. No... Sabía que, de poder, lo terminaría haciendo, pero tenía que encontrar algo a corto plazo, y la posibilidad de un lugar donde dormir sin tener un ojo abierto y, quién sabe, comer algo que pudiera considerarse como la «comida de antes». —Leo gesticuló unas comillas—. Sin pensar que podría ser la última...

»El camino me lo sabía, y muchas variantes posibles si me hubieran hecho falta, pues, al final, era poco más que una línea recta hasta mi destino, así que no quise meditarlo más y salí en cuanto dejé de notar que las piernas me temblaban.

»Quería sentarme a llorar a mis hermanos, a pensar en ellos, a castigarme por no haber tomado decisiones correctas

que los mantuviera con vida, pero sabía que de poco iba a servir hasta estar seguro del todo, si, en el último momento, yo seguía un destino similar.

—¿Dónde estabas? Aquel sitio donde te encontraste el cartel, quiero decir. Me parece que la avenida que has mencionado la conozco —intervino Jesús, aprovechando el silencio en el relato de Leo.

—No estoy seguro... creo que no me alejé mucho.

—¿No había un parque de atracciones por allí?

—Sí, estaba a un paseo de diez o quince minutos desde el club donde ocurrió todo.

—Recuerdo la vez que estuve allí con mis hermanas como si fuera ayer... —confesó Jesús, con una sonrisa soñadora, dejando que la vista se le perdiese en los recuerdos. No solía hablar de su familia, así que Leo prestó atención, aunque no hubo más comentario que ese, volviendo a su historia—. ¿Cómo llegaste desde ese lugar al centro de la ciudad? —preguntó, sorprendido, después de hacerse un rápido mapa mental.

—Me quedé en blanco al principio, una vez estuve dispuesto a cruzar la puerta que me separaba de la calle...

—No se te puede culpar de nada.

—No, ya me imagino... —murmuró Leo, con los ojos cerrados, recibiendo el sol en la cara, mientras tiraba del hilo de sus acciones hasta dar con la que buscaba—. Busqué la forma de seguir en paralelo esa avenida, la del Deporte, porque sabía que, en la dirección opuesta a la que la había recorrido, terminaría llegando al punto de partida del grupo.

—¿El trébol?

—El trébol.

—Entonces, lograste volver a él, aún con los edificios cayendo.

—No. Quiero decir, sí, volví a ese lugar, pero la nueva ruta era más bien la periferia del barrio, no corría el mismo

peligro, aunque el camino fuera más largo.

—Quitando...

—Sí, el riesgo de los comedores... Di por sentado que, con el ruido de las explosiones y los aviones, se irían hacia el interior.

—Recuerdo que cuando nos conocimos no los llamabas así y nunca me he parado a preguntarlo... —observó Jesús, que llevaba varios días dándole vueltas a la cuestión.

—¿A quiénes?

—A los muertos. Los llamabas infectados, no comedores. ¿Por qué?

—Al principio es lo que eran... no solo para mí, también para el resto del mundo. Infectados con ese virus que nadie sabía decir de dónde venía. Pero... han pasado... años ya... Los has visto tan de cerca como yo. Si hay algo vivo en la mayoría de ellos, no es una reminiscencia de lo que fueron. Llamarlos infectados...

—Los humaniza —completó Jesús, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Sí. —confirmó Leo, que agradecía la franqueza y certeza de su amigo a la hora de tratar ciertos temas. Sufría buscando las palabras más adecuadas tanto como a la hora de pronunciarlas—. Dejaron de parecerse a los vivos hace mucho, ¿no crees?

—Lo creo... Yo aún sigo sin hacerme a la idea, siendo sinceros. Lo que hago, para defenderme de ellos o librarme de algún apuro, ha terminado siendo algo más... automático... instintivo.

—Lo sé... Si nos paramos a pensarlo... sería imposible.

—Sí... —admitió Jesús, dejando que un reflexivo silencio se plantase entre ambos, hasta que este llegó a ser incómodo y trató de volver a la conversación—. Dime, ¿qué hiciste entonces?

—Tener suerte, creo. No me encontré nada ni nadie hasta llegar al trébol. Desde allí, en uno de los extremos del

barrio, podía ver un buen trozo de avenida. Había fuego, escombros y cuerpos por todas partes...

»La mayoría de edificios, eso sí, permanecían aún en pie, aunque casi todos tenían algún incendio, de mayor o menor tamaño. No me regalé más tiempo, así que me organicé las ideas y decidí seguir el trayecto que solía tomar con el autobús cuando iba a la universidad... Sé que no parece la idea más brillante, pero eso de ir poniendo metas a corto plazo es lo que me ha permitido seguir con vida hasta ahora...

»Continué el camino por el que había llegado, que salía del barrio, pasando junto al puente que siempre nos había anunciado la cercanía a casa. El cuartel del ejército y la fábrica que tenía a cada lado eran poco más que el recuerdo de lo que fueron. Estaban completamente abandonados. Las malas hierbas habían crecido mucho más de lo acostumbrado y una capa de polvo cubría todas las ventanas.

»No había señales de saqueo, pero tampoco de que se hubieran dejado nada atrás, así que seguí mi camino en una línea recta que se me hizo eterna.

»En ese trayecto sí me crucé con algún muerto, pero he de reconocer que la suerte, después de todo, parecía ponerse de mi lado. Los coches abandonados, que los había por todas partes, me servían de barrera, algo que, junto con un paso lo más sigiloso posible en momentos puntuales o una carrera rápida, además del hecho de que no vi a más de dos o tres deambular por allí, me ayudaron a llegar al primer punto que me había marcado como destino.

»Recuerdo sonreír, más por incredulidad que por otra cosa, al estar en pie en aquella rotonda que tantas veces había transitado, y mirar hacia arriba, donde ondeaba la bandera de Andalucía, gigantesca y solitaria. Esto y el centro comercial a la derecha me indicaba la llegada a Nervión, desde donde podía alcanzar varias vías para llegar al casco antiguo. Me pregunto si seguirá allí la bandera...

»Después de eso... fue relativamente sencillo. La avenida Luis Montoto, siguiendo la monótona línea recta, me dejó donde quería, y solo tuve que preocuparme de las estrechas calles del centro que, en ese momento, parecían amenazarme con sus recovecos y escondites.



## Capítulo 2

# Eclipse

Leo se quedó en silencio, con la mirada perdida entre las escasas nubes, blancas y lejanas, que parecían casi pintadas, mientras rememoraba para sí mismo lo que había acontecido desde ese momento. La narración se interrumpió de golpe, pero Jesús no pareció darse cuenta, pues se hallaba también sumido en sus propios pensamientos, recordando cómo habían sido para él las primeras huidas, poco después de abandonar su casa. La historia de su compañero le había hecho volver a esos hechos:

—No fue fácil... —murmuró, al cabo de unos lentos segundos, Jesús, refiriéndose más a lo suyo que a lo del otro.

—No... no lo fue —confirmó Leo.

La luz ya empezaba a apagarse, anunciando la entrada de la tarde, perdiendo la intensidad y el calor de las horas centrales del día. Los dos seguían allí, sentados, con la espalda contra la dura y lisa pared, descansando.

Un tintineo metálico atrajo la atención de Leo y Jesús que, sin esperar a ver qué lo había producido, se incorporaron, con sus armas en ristre, un desgastado bate de béisbol y un martillo de carpintero. Un gato negro, desde detrás de los restos de una bicicleta que, atada a una farola, eran poco más que la rueda trasera y parte del esqueleto, los observaba

atentamente. Se había colocado entre un pedal y la cadena que lo sujetaba a la iluminación urbana, apagada e inútil desde hacía ya bastante tiempo, provocando el ruido que había alertado a los jóvenes:

—Nunca me han gustado los gatos —confesó Jesús, mientras se sentaban, aún en tensión.

—No te imaginaba como un amante de los perros —comentó Leo, intentando aliviar el nudo en la garganta que parecía haberse instalado ahí.

—Tampoco... creo que no me gustan mucho los animales en general.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Bueno... tampoco creo que sea muy importante en estos días... —El gato perdió el interés y desapareció con sigilo sin que ninguno de los dos pudiera ver a dónde se dirigía—. ¿Tú tenías mascotas?

—No... mi vida, ya antes de todo esto, no era lo más estable que uno pudiera tener... Estuve a punto de adoptar un perro una vez, pero si apenas era capaz de cuidar de mí mismo...

—Llevo mucho queriendo preguntarte, pero... —La mirada de Leo, aunque algo recelosa, le invitó a continuar—. ¿Cómo era tu vida antes? Antes de la cuarentena, los muertos, el virus y todo lo demás.

—¿Hay más? —preguntó Leo, soltando aire por la nariz y riéndose sin muchas ganas, ganando algo de tiempo para responder—. Era aburrida, pero apenas tenía tiempo. Es algo que me hace gracia al recordarlo. Vivía en mi propio piso. No era muy grande, pero no podía quejarme. Apenas terminé la carrera y di los demás pasos correspondientes, empecé a dar clases en el colegio donde pasé toda mi infancia y parte de la adolescencia, así que me podía permitir el alquiler y algún que otro capricho.

—¿Qué estudiaste?

—Geografía e Historia... Aburrido, lo sé. —Se rio Leo,